

SILVIA GARCÍA RUIZ

*Mi tramposa  
cenicienta*



Sabrina siempre había creído en los cuentos de hadas, hasta que su padre, tímido de profesión, la abandonó. Con tan solo nueve años y sintiéndose como Cenicienta por culpa de su hermana y su madre, decide ir en su busca.

Con el tiempo, Sabrina se convierte en una estafadora tan pícaro como su progenitor. Un negocio en Las Vegas, unos zapatos de diamantes y el encuentro con un príncipe imperfecto la llevarán a vivir una extraordinaria aventura y, tal vez, a creer de nuevo en el cuento de hadas que puede llegar a ser el amor.

Raymond es un hombre poco altruista, de los que no ayudan a la gente si no ganan algo a cambio. Como le gusta jugar con los demás y jamás ha perdido una apuesta, decide perseguir a sus primas hasta Las Vegas con el único objetivo de estropearles su despedida de soltera.

Sin embargo, Raymond no contaba con que en su viaje se iba a topar con una mujer mucho más astuta que él, alguien que le roba la cartera y el corazón. Dispuesto a descubrir si lo que siente por esa chica es amor, hará lo imposible por ganar más tiempo a su lado, incluso cambiar el cuento y robarle un zapato a una tramposa Cenicienta.

Descubre qué ocurrirá cuando den las doce campanadas y este par de pícaros se encuentren creando su propio final, uno que no tiene nada que ver con un cuento de hadas pero sí mucho con la realidad.

## Índice de contenido

Cubierta

Mi tramposa Cenicienta

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Epílogo

Sobre la autora

## Capítulo 1

Había una vez una niña de nueve años que creía y, a la vez, no creía en los cuentos de hadas.

A esa temprana edad comencé a darme cuenta de que estos existían, pero no la parte bonita en la que un príncipe venía a salvarme, sino la parte cruel, en la que los malvados me avasallaban, se metían conmigo y eran perversos para apartarme de su camino cuando me interponía en su afán de conseguir lo que deseaban.

Mi vida era tremendamente feliz hasta que mi padre desapareció de mi lado. De un día para otro, hizo las maletas y se marchó, dejando como única nota de despedida el cuento que me leía todas las noches, el de *Cenicienta*, lo que parecía un presagio de lo que sería mi existencia cuando él se fue, pues mi historia pasó a parecerse enormemente a la de esa niña cubierta de cenizas: tenía una madre vanidosa y superficial que tan solo se interesaba por su aspecto físico y una hermana tres años menor, bastante egoísta, que únicamente pensaba en sí misma y me quitaba todo lo que era mío usando sus falsas lágrimas. Aunque fallaba una cosa para que me viera encerrada en ese cruel destino: que yo no estaba dispuesta a dejarme pisotear por nadie.

–¡Mamá, me ha empujado por ese libro! –gritó mi hermana Rose, llorando falsamente, mirándome desde el sue-

lo de nuestra habitación, adonde se había tirado de manera teatral para que yo pareciera la mala del cuento.

Mi madre, Ruby Carroll, una elegante mujer rubia de fríos ojos azules, no esperó respuesta y me dedicó una mirada con la que me declaraba culpable. Y es que no había que pensar mucho para saber cuál era su hija favorita, ya que Rose, con sus primorosos cabellos rubios, sus bonitos ojos azules y sus hermosos y coquetos vestidos, era la más parecida a ella. Mientras yo, por mi parte, con mis vaqueros rotos, mis cortos cabellos rubios y mi camiseta descolorida me parecía mucho más a mi padre, el hombre que la había abandonado. Sin duda ese abandono se debía a sus insoportables gritos, pensé cuando su chillona voz me exigió una justificación a mis supuestos actos que, definitivamente, no quería oír.

—¡Sabrina! ¡¿Es eso cierto?! ¡¿Qué le has hecho en esta ocasión a tu pobre hermana?! —exclamó, llevándome a recordar ese triste cuento en el que, por más que la protagonista se explicara, sus palabras nunca eran escuchadas.

Por ello, no pensaba gastar saliva en vano, pues, como estaba segura de que mi madre me castigaría, fuera culpable o no, decidí concederle a ella una razón para castigarme y a mi hermana una para llorar.

—No le he hecho nada a Rose —repuse levantando mi desafiante mirada sin dejarme amilanar por sus falsas acusaciones ni por los gritos de mi madre.

En ese momento vi cómo mi hermana, desde el suelo, me sonreía con malicia, sabiendo que se saldría con la suya una vez más. Pero antes de que ella volviera a sus desconsolados y falsos llantos o a que mi madre volviera a gritarme, continué:

—Pero ahora sí te voy a dar una razón para castigarme —dije desafiando a mi progenitora. A continuación, me volví hacia Rose y le advertí con una maliciosa sonrisa—: Y a ti una para llorar...

Mi hermana comenzó a chillar, conoedora de mi carácter, y mi madre intentó detenerme, pero fue demasiado tarde: mi patada alcanzó de lleno el trasero de Rose, lo que le provocó una llorera de verdad. La segunda patada no la alcanzó porque mi madre me detuvo a tiempo, pero sonreí con satisfacción al haberle dado a mi hermana lo que se merecía.

–¡Sabrina, estás castigada! ¡Te quedarás en casa y no saldrás con nosotras a almorzar al club! –me gritó mi madre, alejándose de ella y usando ese castigo como una nueva excusa para no mostrarme como su hija ante sus ricos amigos.

–¡Bah! Iba a estarlo igual, le diera una patada o no –repliqué alzando los hombros como si sus palabras no me importaran, aunque me dolía sentirme excluida una vez más.

–¡Y todo por este maldito libro! –continuó mi madre, mirando con odio el único recuerdo que tenía de mi padre, un odio que sus ojos mostraban contra todo lo que le recordaba a él, incluida yo.

–¡Devuélvemelo! –exigí nerviosa, sabiendo cómo podía acabar entre sus manos, pero fue un error por mi parte: jamás debería haber demostrado lopreciado que este era para mí.

–¡No te importa el daño que le has hecho a tu hermana ni el que me haces a mí con tu desobediencia, y mis castigos no parecen afectarte, así que tendré que encontrar otra forma de aleccionarte! –anunció mi madre de forma cruel. Y, abriendo mi cuento de hadas, arrancó todas y cada una de sus páginas, haciéndolas volar por los aires.

Y, aunque no quería hacerlo, lloré tan desconsoladamente como la niña de esa historia ante la injusticia de la situación que estaba viviendo. Y, también al igual que en ese cuento, las malvadas pasaron junto a mí luciendo unas perversas sonrisas.

Después de destrozar el libro, mi madre me dirigió una mirada llena de satisfacción y dejó entre mis manos los restos: únicamente la cubierta, que mostraba un zapatito de cristal. En ese momento mi hermana pasó por mi lado, abrazada a mi madre y simulando ser una niña buena, para sonreírme complacida con el dolor que me había causado.

—A ver cuándo aprendes que no eres Cenicienta —dijo mi progenitora, burlándose de los sueños que un día me había regalado mi padre.

Mi madre no fue consciente del tremendo error que cometió cuando ambas salieron y me dejaron sola en casa. Sequé mis lágrimas y, tras abrir lo que quedaba de mi amado libro, encontré una tarjeta que, hasta ese momento, había permanecido oculta bajo la sobrecubierta que protegía las tapas de mi cuento y que mi madre había liberado inadvertidamente después de arrancarle las páginas. En esa tarjeta aparecía el nombre de mi padre y una dirección, y, puesto que yo no era Cenicienta, tal y como ella me había señalado muy acertadamente, no estaba dispuesta a esperar a que nadie viniera a salvarme. Así pues, de la malvada madrastra pensaba salvarme sola.

Metiendo en una ajada mochila mis preciadas pertenencias, incluido mi viejo libro, del que ya solamente quedaban las tapas, me preparé para mi viaje. Sabiendo que necesitaría dinero, cogí bastante de donde solía esconderlo mi madre, y, antes de irme, les dejé un regalo de despedida a cada una. A mi hermana, que adoraba sus muñecas, decidí agradecerle sus falsos llantos otorgándoles un nuevo *look* a las primorosas princesitas con las que jugaba, dejándolas calvas, y a mi madre, que siempre valoraría más su ropa que a mí, le corté en cada uno de sus caros vestidos el patrón del zapato de la cubierta de mi libro.

Mi nota de despedida para ambas no fue un beso cariñoso ni un abrazo, sino simplemente un recordatorio de lo

que ellas ya sabían. «Yo no soy Cenicienta», dejé escrito en letras bien grandes en el espejo del cuarto de mi madre, usando su pintalabios favorito, antes de irme de allí.

Sabiendo cómo funcionaba el mundo de los mayores en la gran ciudad, hice que un vagabundo comprara mi billete de autobús a cambio de una propina y luego simulé ser uno más de los mocosos de una pareja cuando subí al vehículo para que nadie se preguntara qué hacía sola una niña de nueve años.

Finalmente, cuando llegué a Las Vegas, tomé un taxi y le conté la feliz historia al conductor de que mi padre me esperaba en casa para que no hiciera demasiadas preguntas y se centrara en llevarme a la dirección indicada.

Cuando llegué al lugar señalado en la tarjeta no me aguardaba el castillo de un príncipe, sino una vieja oficina con un cartel algo torcido que rezaba MORRISON, S. L. Tras cruzar la puerta, me adentré en una pequeña recepción cuyas blancas paredes estaban deslucidas. En ella había un viejo sofá gris de dos plazas, una mesita llena de revistas de economía y un minúsculo mostrador de madera que permanecía vacío.

Siguiendo una voz a la que había extrañado muchísimo, llegué hasta un despacho donde un hombre de espaldas a mí hablaba por teléfono con alguien, conversando sobre un dinero que no tenía y presumiendo de unas riquezas que yo no veía por ninguna parte. Mi padre hablaba usando un falso tono extranjero que me hizo dudar de si esa era la persona que estaba buscando. Luego se volvió en el sillón que ocupaba detrás de su escritorio de cristal y, cuando nuestros ojos se cruzaron, supe que, definitivamente, sí era la persona que estaba buscando.

—Tengo que dejarte, querida: en este momento los criados me informan de que ha llegado una importante visita del extranjero a la que no puedo dejar de atender. Más tarde te llamaré y seguiremos hablando sobre tu inversión en ese nuevo negocio —dijo cortando la conver-

sación que estaba manteniendo, al parecer, con una rica mujer.

»Pero ¿qué haces tú aquí? –me preguntó a continuación con nerviosismo, mesándose los cabellos mientras miraba la puerta, seguramente esperando ver entrar por ella a mi madre—. Este no es un lugar adecuado para ti –añadió cuando comprendió que no me acompañaba nadie.

–Mi casa tampoco –repliqué decidida a no moverme de allí hasta que me escuchara.

Y, recordándole las veces que me había leído ese cuento antes de dormir, lo saqué de mi mochila y me dirigí hacia él. Haciéndome un hueco en su regazo, abrí las tapas y, aunque me faltaran las páginas, comencé a contar una historia que me sabía de memoria porque en ocasiones se parecía demasiado a la mía.

Cuando terminé, con los ojos anegados en lágrimas, mi padre supo que el cuento que le había relatado era el mío, y no el de esa tal Cenicienta. Me abrazó y, cerrando las tapas del estropeado libro, me consoló hasta que me quedé dormida.

Horas después, desde el viejo sofá de la recepción, donde descansaba cubierta con una ajada manta, oí cómo él discutía con mi madre por teléfono y, tras algún que otro grito, supe que mi madre volvía a no tener tiempo para mí.

\* \* \*

A la mañana siguiente, cuando me desperté de nuevo, mi padre me observaba desde una incómoda silla en la que había pasado la noche. Entre risas, me preparó unos cereales en una pequeña cocina que permanecía escondida tras una puerta del despacho y pasamos el rato inventando historias para ese cuento incompleto que ya no tenía páginas. Nuestra imaginación no tenía fin, pero la diver-

sión acabó cuando la chillona voz de mi madre se hizo oír y entró por la puerta, más molesta que nunca.

–¡No tengo tiempo para tus tonterías, niña! ¡Cuando lleguemos a casa ya hablaremos de lo que les has hecho a mis trajes o a las valiosas muñecas de tu hermana! –señaló.

Y, sin dedicarme un abrazo de preocupación o unas palabras de cariño, me cogió del brazo para arrastrarme con ella hacia la salida.

–Toma, tu libro –me dijo mi padre, ofreciéndome lo que quedaba de mis sueños en esa vieja cubierta.

–Déjalo, papá. Ya no creo en los cuentos de hadas – respondí con lágrimas en los ojos, sabiendo cómo acabaría mi historia.

–Deja a Sabrina conmigo, Ruby –propuso entonces él, para mi asombro y el de mi madre.

–Andy, si ni siquiera sabes cuidar de ti mismo..., ¿cómo vas a cuidar de ella? –le recriminó mi madre, señalando la destartada oficina.

–¿Por qué no me dejas intentarlo? Peor de lo que tú lo haces no puedo hacerlo. ¿Te das cuenta de que una niña de nueve años ha escapado de tu casa y solo te has percatado de ello después de que te llamara anoche? Eso no dice nada bueno de ti.

–Conque esas tenemos, ¿eh? Así que quieres hacerte cargo de esta desagradecida, ¿verdad? ¡Pues adelante! ¡Toda tuya! Creo que es lo mejor, ya que es tan parecida a ti que no sé qué hacer con ella: ¡me vuelve loca a cada instante! ¡Seguro que dentro de unos días me llamas suplicando que vuelva a recogerla! –exclamó mi madre toda sulfurada, soltando mi mano. Como despedida para mí, solo me dirigió una furiosa mirada y añadió–: ¡Y en cuanto a ti, será mejor que dejes de soñar con cuentos de hadas! ¡No existen!

Cuando se alejó de mí sin mirar atrás ni darme un abrazo o un beso de despedida, lloré en silencio.

–Mamá tiene razón: los cuentos de hadas no existen – susurré apenada.

–¡¿Cómo que no?! ¡Claro que existen, y somos nosotros quienes los creamos! –repuso mi padre.

Y, mostrándome las tapas de mi libro roto, las abrió y comenzó a contarme fantasiosas historias que yo me alegré de escuchar.

Al contrario de lo que pensaba mi madre, él y yo nos las arreglamos muy bien desde ese día. La vieja oficina en la que mi padre llevaba sus negocios se convertía en nuestra casa por la noche, cuando ocupábamos el sofá de la recepción con nuestra cena y le dábamos la vuelta al monitor del ordenador para ver alguna película. Un pequeño cuarto que antes era usado como almacén pronto se convirtió en mi dormitorio, uno que él decoró con motivos de cuentos de hadas para hacerme soñar de nuevo, mientras la habitación de mi padre siguió siendo la recepción, y su cama, el duro sofá.

Con el paso del tiempo me di cuenta de que la profesión de mi padre era inventar historias que hacía creer a los demás, por fantasiosas que estas fueran: un día era un rico empresario; otro, un príncipe extranjero. En otras ocasiones era un hombre pobre que no sabía que tenía un gran premio entre las manos... Con todos esos cuentos, conseguía dinero, y yo comencé a sospechar que eso no era muy honrado.

No obstante, crecí disfrutando del fantasioso mundo en el que me había metido de lleno, y en el que conocí a un buen montón de variopintos personajes que hacían parecer muy reales sus ficciones. Y, así, comencé a crear mis propios cuentos, creyendo y no creyendo en ellos. Y, mientras soñaba, me preguntaba dónde estaba ese príncipe que llegaba con retraso...

\* \* \*

Whiterlande era un maravilloso pueblo que apenas aparecía en los mapas. Un lugar con multitud de casitas idénticas de estilo colonial: los mismos metros cuadrados, la misma arquitectura, el mismo número de escalones desde el porche hasta la entrada..., todo igual.

Allí, todos se conocían, los pequeños locales comerciales permanecían inalterables con el transcurso del tiempo, pasando de padres a hijos. Los vecinos se ayudaban unos a otros y se aburrían juntos en esa pequeña localidad, aunque, a diferencia de otras poblaciones similares, Whiterlande no era tan aburrido como podía parecer a primera vista, y todo gracias a una pizarra y a las alocadas apuestas que se anotaban en ella, concernientes a las hazañas de una familia en concreto.

Las apuestas sobre las atolondradas historias de amor de los Lowell habían llenado más de una vez la pizarra del bar de Zoe, pues en el pueblo era sabido por todos que los miembros de esa familia siempre montaban algún escándalo cuando se enamoraban, y esa era la principal fuente de diversión de ese lugar.

Las historias de los Lowell eran numerosas y variadas: había habido apuestas sobre jugadores empedernidos, cartas de amor, animales mimados, ricas herederas, sapos y amores desde la más tierna infancia, que, sin embargo, habían comenzado precedidos por una notoria enemistad.

Los ojos de los más chismosos que no querían dejar de apostar se centraban ahora en las nuevas generaciones de la familia. Últimamente, en la pizarra aparecía Helena Taylor, hija del *Salvaje* Alan Taylor y *Doña Perfecta*, Elisabeth Lowell, junto a Roan Miller, el niño que la había perseguido desde su niñez declarándole su afecto. Pero ya todos en el pueblo se preguntaban cómo de escandalosa sería la historia del hermano pequeño de Helena, Raymond, ya que este daba muestras de ser el miembro más cínico de la familia y el más reacio a enamorarse, pues con tan solo

once años únicamente creía en el amor si eso le aportaba algún beneficio.

En cuanto Raymond entró en el bar de Zoe junto a Helena y soltó un cuento de hadas sobre una mesa, todos los ojos se centraron en él, especialmente después de sentarse y realizar una inusual petición de ayuda a su hermana adolescente.

–Necesito que me ayudes y que me expliques cómo y por qué se enamoran estos dos. Porque, por más que lo leo, no lo comprendo.

–¡Vaya, vaya, hermanito! ¡Tú pidiéndome algo en lugar de chantajearme! Esto es digno de celebrar... Espera un momento, que estoy pensando qué pedirte a cambio de mi ayuda –señaló Helena, regocijándose con poder sacarle algo al chantajista de su hermano, para variar.

–Me vas a pedir mi silencio, ¿a que sí? Seguramente me ayudarás a cambio de que no les diga nada a nuestros padres sobre las películas para mayores que has visto, o sobre los suspensos que escondes bajo la cama, o sobre aquella escapada tuya a ese concierto que...

–¡Está bien! ¡Está bien! ¡Tú ganas, chantajista de mierda! Voy a explicarte de qué va este cuento y luego responderé a tus preguntas. En fin, no puede ser tan difícil que comprendas de lo que trata *Cenicienta*... –dijo ella abriendo ese libro, sintiéndose algo confusa ante la petición de su hermano mientras pensaba que esa tarea sería pan comido.

Una hora después, tanto Helena como también varios de los clientes habituales de ese bar se daban de cabezas intentando explicarle al obtuso niño lo que significaba ese cuento. Algo imposible de entender para un chico que no creía ni en la magia ni el amor.

–Vamos a ver, Raymond, por última vez: el hada madrina no le pidió ninguna compensación económica a Cenicienta por el vestido, ni tampoco le alquiló el carruaje, sino que se lo prestó. El príncipe no hizo ningún tipo de

separación de bienes antes de desposarse, y el hada no le pidió dinero a él más tarde por haber hecho de casamentera.

–¡Pues no lo entiendo! En esa historia se ve más de un negocio factible y nadie lo aprovecha.

–Esta es la última vez que trato de explicarte de qué va esta historia, hermanito. ¿Es que no puedes ver la parte romántica y dejar de buscar negocios en todo?

–No veo nada romántico en ese cuento. El príncipe chantajea a Cenicienta con no devolverle el zapato si no se casa con él, y como un zapato de cristal es algo muypreciado y valioso y ella está en la ruina, se casa con ese hombre sin pensarlo dos veces.

–¡El príncipe no chantajea a Cenicienta, Raymond, le pide matrimonio cuando el zapato le entra demostrando que era suyo y...!

–Perdona, hermanita, pero si el príncipe tiene que probarles el zapato a decenas de mujeres para encontrar a Cenicienta, o no es muy observador o no estaba muy enamorado. Y si yo fuera Cenicienta, lo pensaría dos veces antes de casarme con alguien así. Lo mejor para ella habría sido no esperarlo y demandar a su madrastra y a sus hermanastras, quedándose con todo. De ese modo sería una mujer rica y podría elegir al hombre que quisiera, tuviera o no su zapato de cristal –opinó Raymond mientras provocaba que varios de los parroquianos del bar asintieran con la cabeza, mostrando su acuerdo.

–¡Lo dejo! ¡No pienso explicártelo más! ¿Me oyes, Raymond? ¡Ni una vez más! ¡Que tú comprendas el significado de este cuento es simplemente imposible!

–Entonces ¿cómo se supone que voy a representar esta historia, para la que me han elegido como príncipe? –protestó él, atrayendo más de una mirada curiosa en su dirección, que luego se desviaron con impaciencia hacia Zoe y su pizarra oculta–. ¿Qué hago para ser el príncipe? ¿Qué tengo que mostrar en esta historia a la que no le veo